

El escritorio

Cómo una palabra sin título entra en un campo — un ensayo especulativo sobre el archivo, el clerk y lo que la lengua no registra

Alejandro Toledo Martínez

Registro declarado. Ensayo especulativo, y lo dice en la primera línea porque la disciplina lo exige. Lo medido va con su cifra; lo conjeturado va nombrado como conjetura; y el §13 recoge los falsadores, que son lo que le da derecho a existir. v2 corrige a v1. La primera versión ponía en el centro la vacante —«prender exige un sitio libre»—. Es falso, y el §3 explica por qué: el cajón nunca está vacío y aun así admite otra tarjeta. La vacante no desaparece: baja a residuo (§9).

1. Para quien llega sin contexto

Este ensayo se apoya en una disciplina que no es famosa y en un vocabulario que no es corriente. Va aquí lo mínimo para leerlo sin haber leído nada más. Quien conozca el terreno puede saltar al §2.

La disciplina

La endolingüística fue fundada por C. S. Meulemans y J. Á. Elías Fernández y Cuevas (*Introducción a la endolingüística Decaglotá*, 1993). Suya es la disciplina, sus cuatro niveles del lenguaje y la distinción entre exolenguaje y endolenguaje. Lo que quien firma este ensayo ha añadido es otra cosa y conviene no confundirlo: el inventario de clases OAS, la matemática cuállica, el protocolo de falsabilidad y el formalismo de enlace. Sistematizar no es fundar, y la diferencia importa aquí porque casi todo lo que sigue se apoya en lo primero.

Y una precisión que evita el malentendido más común: la endolingüística no compite con la lingüística histórica: la presupone. El AFI, la etimología, las leyes fonéticas y el uso atestiguado son insumos suyos, leídos desde otra ontología. Cuando este ensayo dice «resonancia», no está negando nada de lo que la comparada estableció: está preguntando por otra cosa que ocurre encima.

El esqueleto y las clases

Las vocales de una lengua a otra se abren, se cierran, se diptongan: son el elemento móvil. El esqueleto de consonantes persiste mucho más — es lo que sobrevive a la deriva y lo que queda en pie cuando todo lo demás cambia. *Padre, father, Vater, pater, père* no se parecen por azar: descienden de la misma palabra, y lo que las mantiene reconocibles es ese armazón.

Sobre ese armazón, la endolingüística no trabaja con consonantes sino con clases. Son siete, ancladas en la región articulatoria, y se escriben con símbolos griegos para que nadie las confunda con letras de una lengua:

clase	símbolo	región	realizaciones
P	Φ	labial	p b f v w
T	Θ	dental-alveolar	t d θ ð
K	X	velar / gutural	k g x h q
S	Σ	sibilante	s z ʃ ʒ
L	Λ	líquida	l r ʎ ʟ ɾ
M	M	nasal labial	m
N	Ξ	nasal no labial	n ŋ ɲ

Se llaman OAS —*Originating Affective Sound*, sonido afectivo originario— y son el punto donde más se malinterpreta la teoría, así que conviene decirlo en negativo: una clase no es un sonido, no es un fonema y no tiene significado. Es una orientación; el sonido concreto la realiza. Y son psíquicas, no fonológicas: nombran la sensación que un sonido produce, no el sonido.

El código

Un código endolingüístico es una combinación acotada y ordenada de dos o tres clases. *Teil* es Θ·Λ; *río* es Λ. Tres cosas hay que retener, y las tres son restricciones:

- El orden cuenta. Θ·Λ y Λ·Θ tienen las mismas clases y no son el mismo objeto.
- Sólo dos o tres. Una forma con cuatro o más clases distintas no es un código más largo: es una palabra con afijos, y hay que separarla antes.
- Y sobre todo: un código no significa nada. No denota. Lo más que hace —y es mucho— es orientar un campo de posibilidad semántica. Escribir «X·Θ = materia acotada» es un error de categoría.

De ahí la regla operativa del método, que vale la pena tener presente porque el ensayo la reformula al final: el código dice por dónde mirar; el uso dice qué se ve.

El coderivado y el campo

Un coderivado es un cognado en el que el código sigue siendo observable. No es un cognado más estrecho: es otro objeto, de otra disciplina. El cognado es la unidad de la lingüística histórica —descendencia demostrada; el coderivado es la unidad de la endolingüística —código todavía legible. Y la unidad de trabajo no es la palabra suelta sino la red de coderivados: *break/broke/broken/breach* cuentan como una evidencia, no como cuatro.

Un campo cuálico es lo que hace que varias realizaciones distintas se sientan «lo mismo» para un hablante, aunque no sean sinónimos y aunque no se traduzcan entre sí. Es un objeto reconstruido —no se observa; se infiere de lo observable— y es sincrónico: no es un antepasado, es lo que las realizaciones tienen en común *ahora*. Tres cosas que no es, y cada una corresponde a un error frecuente: no es el referente (dos palabras pueden señalar la misma cosa y estar en campos distintos), no es la glosa (el nombre de un campo es una etiqueta, no su definición), y no es el código.

Y una palabra que este ensayo acuña: el título

En lo que sigue se usa título —por analogía con el título de propiedad— para nombrar la credencial documentada de descendencia de una palabra: su derecho acreditado a estar en una familia. Tener título es tener etimología que lo respalde; no tenerlo es que el parecido no venga de la historia.

No es un término de la disciplina: es una acuñación de este ensayo, y se declara como tal porque hace mucho trabajo en lo que sigue. Su utilidad se verá en el §4: el archivo del que habla este texto no tiene casilla para el título, y ahí está todo el asunto.

2. Una pregunta que estaba mal puesta

Durante buena parte de su historia esta disciplina ha gastado su energía en una sola pregunta: ¿es verdadera esta resonancia? ¿*Casa* y *Haus* son parientes? ¿*Hervir* y *brew*? ¿*Islandia* e *isla*? Y ha construido un aparato admirable para contestarla — leyes fonéticas, protoformas, controles de préstamo, distancias de unicidad, nulos por permutación.

El aparato funciona. El problema es que contesta una pregunta sobre el título de propiedad, y el título, una vez que la resonancia ya ocurrió, no explica casi nada de lo que pasó después.

El caso mejor documentado. La palabra inglesa *island* viene de *īegland*, «tierra en agua», emparentada con *aqua*. No tiene nada que ver con *isle*, del latín *insula*. En el siglo XVI unos escribanos las ligaron por parecido y le metieron una *s* a *island* que nunca le había pertenecido. Etimológicamente es un disparate. Y sin embargo:

la lengua se la quedó.

Cuatrocientos años después la *s* sigue ahí. El veredicto de título —«falso»— es correcto y es inútil: no explica por qué esa falsedad ganó mientras otras del mismo tipo se corrigen y desaparecen. La misma operación que un profesor corrige hoy en un estudiante fue, en otro siglo, la que reescribió la palabra para siempre.

La pregunta productiva no es si una resonancia es verdadera, sino qué hace que prenda.

3. El campo nunca estuvo hecho de cognados

La respuesta empieza por deshacer un supuesto que la disciplina arrastraba sin haberlo dicho.

Su unidad de observación es la red de coderivados: palabras que, por descender de una fuente común, conservan el código en lenguas distintas. Es una unidad excelente — la genealogía la garantiza, y por eso el parecido dentro de una red es un hecho y no una impresión. De ahí se deslizó, sin que nadie lo decidiera, a tratar el campo como si estuviera hecho de esas palabras.

No lo está. La red de coderivados es cómo encontramos un campo, no de qué está hecho.

La prueba está en el corpus y tiene nombre de regla: la región es del campo, no del lexema. Cuando una lengua sustituye la forma que ocupaba una región, la región no se pierde: cambia de inquilino. La promesa vive en el inglés *give my word*, en el español *dar mi palabra* y en el francés *parole* —«word, formal promise»—: tres redes etimológicas sin relación entre sí, una región. Y el español es el caso límite: perdió la palabra heredada —*verbo* salió del centro y volvió como cultismo— y no perdió la promesa. Se la dio a *palabra*, que venía de otro sitio.

Si las regiones migran a quien ocupa el centro, el criterio de pertenencia es ocupar, no descender. La genealogía es un hecho sobre el pasado; el campo, un hecho sobre el presente. Y el uso, que es lo que establece el campo, no tiene memoria del título.

4. El escritorio

Hay una manera de ver el sistema que hace innecesaria casi toda la maquinaria conceptual anterior.

Imagínese un escritorio muy antiguo con cientos de cajones. Cada cajón es un código binario o ternario. Dentro, cientos de tarjetas: las palabras que comparten ese código. Algunas llevan ahí desde quién sabe cuándo. De vez en cuando llegan tarjetas nuevas y, en lugar de quedarse sobre la mesa, un clerk las coloca donde cree que deberían ir — aunque vengan de otros idiomas o de otros escritorios. Si le suenan parecido, las mete en el cajón donde más parecido encuentra.

De esa imagen se siguen tres cosas, y la primera responde la pregunta del §2 mejor que ninguna tesis sobre huecos.

Primera: el índice es el código, y la procedencia no es un campo del índice. El clerk no pide papeles. Por eso una palabra sin parentesco acaba entre los coderivados — no «casi mágicamente», sino por construcción del sistema de archivo. El archivo no sabe distinguir de dónde vino una tarjeta porque nunca lo anotó.

Segunda, y es la que muerde: una vez archivada, el cajón no registra cómo llegó la tarjeta. La que lleva ahí desde el protoindoeuropeo y la que puso el clerk ayer están en el mismo sitio, indistinguibles para el sistema. De modo que el veredicto de apofenia juzga exactamente el dato que el archivo no guarda — el título del §1, que aquí no tiene casilla.

Tercera: los cajones nunca están vacíos, y aun así admiten otra tarjeta. Esto es lo que corrige a la v1 de este ensayo. No hace falta un sitio libre. La cabida no es escasa; lo que está en juego no es el sitio sino el archivado.

Y hay una medición del propio proyecto que cambia de sentido bajo esta luz. La *distancia de unicidad* midió que un código de dos clases lo llevan unas 513 palabras, y lo trató como defecto — el código no identifica. Pero un cajón con 513 tarjetas no es un instrumento roto: es un cajón bien usado. La distancia de unicidad no mide lo malo que es el instrumento. Mide el tamaño de los cajones.

5. Quién manda al clerk

Si el clerk archivara sólo por sonido, el escritorio sería un montón de cajones con quinientas tarjetas sin nada en común, y no lo es. Alguien le dice dónde poner las cosas.

Manda, en primer lugar, lo obvio: el uso y la comunidad. Pero eso no basta, porque no explica la urgencia — por qué una tarjeta *tiene* que ir a un cajón concreto.

Manda también, y esto es lo que el ensayo quiere sostener, la estructura psíquica inconsciente. Hay tarjetas que se meten donde la psique las necesita: para desplazar algo que no puede decirse en su sitio, o para metaforizar — poner una en el lugar de otra y dejar que la primera se deslice. El parecido de sonido no es el motivo: es el vehículo. La materialidad del significante es lo que hace posible la sustitución; la razón de la sustitución está en otra parte.

Y aquí la lingüística histórica ya tiene el caso atestiguado, aunque no lo llame así: el tabú. La palabra prohibida no puede decirse, así que una vecina —a menudo vecina de sonido— ocupa su sitio, y el oso pasa a llamarse «el pardo». Está documentado en familias enteras. Es, exactamente, una tarjeta metida donde se la necesita porque el sitio propio está clausurado.

La consecuencia, que invierte la causalidad de la v1

La primera versión decía: vacante → entrada. Con la psique dentro, el orden es el contrario:

necesidad → sustitución → la desplazada se corre → aparece la vacante

La vacante no es la causa: es el residuo. Y esto explica lo que la v1 no explicaba — por qué unas resonancias prenden y otras no. Prenden las que hacen trabajo.

6. Reescribir la tarjeta

El clerk tiene una segunda facultad, y es la que unifica dos fenómenos que nadie ponía juntos: puede reescribir la tarjeta para que quepa.

Si el escritorio no tiene cajón para TH, Θεόδωρος se archiva como Φῆδορ. Nadie lo llama error: se llama adaptación fonológica, y es lo que hace toda lengua con todo préstamo.

Ahora véase de nuevo la *s* de *island*. Unos escribanos tomaron una tarjeta y la reescribieron para que cupiera en el cajón de *isle*.

Θεόδωρος → Φῆδορ y *iland* → *island* son la misma operación. Reescribir lo que entra para que encaje en un cajón que ya existe.

A una la llamamos adaptación y la tenemos por normal; a la otra, etimología falsa, y la tenemos por error. La diferencia está en nosotros, no en la lengua. Y tiene una consecuencia metodológica inmediata: la nativización de los préstamos no es un confound que haya que controlar en el estudio de las resonancias. Es el fenómeno, visto en su forma mansa.

7. Quién audita al clerk

Falta una instancia, porque el escritorio no acepta todo. *Islandia* archivada bajo *isla* se corrige; *island* archivada bajo *isle* se quedó. Alguien revisa el trabajo del clerk y a veces le devuelve la tarjeta.

Esa instancia es la transmisión: el uso repetido, la comunidad que adopta o no adopta. El clerk propone; la comunidad dispone. Y como la mayoría de las propuestas no sobreviven, la mayoría de las resonancias no prenden — que es el hecho que hay que explicar, y no su contrario.

De donde salen tres instancias y tres tribunales, y ninguno sustituye a otro:

instancia	qué decide
el código	por dónde puede pasar — qué cajones están al alcance de esa forma
la psique	por qué pasa — qué necesita ser dicho, desplazado o metaforizado
la comunidad	si se queda — la transmisión, que es lo único que vuelve histórico un accidente

Y esto reformula la vieja regla del método —*el código dice por dónde mirar, el uso dice qué se ve*— con un término más en medio.

8. Cuatro destinos de una resonancia

Prender no es una cosa sola, y mezclar sus formas es la manera segura de no medir ninguna. Se detectan en sitios distintos:

La forma se rehace. *Island* recibe su -s-; *asparagus* se vuelve *sparrowgrass*; *a nadder* se vuelve *an adder*. Deja rastro en la forma atestiguada, y con fecha.

El uso se desplaza. La forma no cambia; empieza a aparecer en los marcos del campo vecino. Sólo se ve en corpus de uso, y por eso casi no se ha visto.

Se lee, y nada más. Un estudiante oye *hervir* y le suena a *bir*. Nada en la lengua se movió; algo en una psique ligó. Es privado, y la única vía es la elicitación.

Y el cuarto, que no encaja en ninguno: el código aparece sin resonador. El latín *bellus* viene de **duene-*los, diminutivo de *duenos* «bueno»; la B-L no estaba en la raíz y surge por síncope y asimilación. Ninguna tarjeta vecina lo atrajo. Es el caso que este ensayo no explica, y se deja a la vista por eso.

9. Por qué «es apofenia» es la respuesta equivocada

Con el escritorio puesto puede decirse con precisión.

La apofenia es un veredicto sobre el título, y el título es justamente el campo que el archivo no guarda (§4). Es verdadero, es verificable, y no toca la pregunta.

Y hay una evidencia que lo vuelve incómodo de sostener: la etimología popular. *Écrevisse* se vuelve *crayfish*; *asparagus*, *sparrowgrass*; *a nadder*, *an adder*. Cada una fue, en su momento, exactamente lo que hoy llamaríamos apofenia — y dejó de serlo en cuanto un grupo la hizo suya y reescribió la palabra. La apofenia compartida y funcional se vuelve hecho histórico.

De modo que el veredicto se mueve de sitio: no se pregunta si el vínculo tenía derecho, sino si prendió — y prender se detecta por efectos, no por testimonio. Es la casilla que el proyecto ya había nombrado, funcional pero no legible: lo que un grupo hace con su lengua sin saber que lo hace.

10. La vacante, degradada — y la puerta por donde se hace

La v1 puso la vacante en el centro. Aquí baja a caso particular y residuo, pero no se va, porque hay entradas que sí ocupan un sitio que quedó libre: *verbo* sale del centro y *palabra* lo ocupa.

Y como residuo tiene mecanismo. Un elemento deja de estar de tres maneras, que el modelo escribía igual: ocultamiento —está, pero el instrumento no lo muestra: un defecto nuestro, no un suceso de la lengua—, desestructuración —deja de ser clase y pasa a la capa cuálica: el latín *rīvus* se vuelve *río*, y la *w*, puesta de cara a la vocal, se disuelve en ella— y desaparición —ya no está: **hrainiz* da *rein*, la *h* se perdió sin tránsito—.

Y hay un tramo por donde esos tránsitos ocurren preferentemente: entre las vocales altas y las consonantes, $u \rightarrow w \rightarrow v \rightarrow b$, $i \rightarrow j \rightarrow j \rightarrow g$, que no es una lista de sonidos sino un mismo paso a distintos grados de saturación. Leído hacia arriba, un paso se satura hasta volverse región y entra al código; leído hacia abajo, una región se desatura y sale. El umbral no es una clase de segmentos: es la puerta del código.

No está probado — el instrumento que lo decidiría no existe, y una medición hecha en la escala equivocada salió en contra. Se enuncia porque da a la vacante un mecanismo físico: los campos no se vacían por decreto; se vacían porque sus formas se erosionan, y la erosión tiene rutas preferentes.

11. El combustible

Aquí acaba lo que sostiene el material y empieza la especulación, y conviene cruzar la línea diciéndolo.

Si lo que gobierna el archivo es la necesidad —y no la escasez de sitio—, entonces todo lo que produce necesidad es motor de la lengua. Y casi nada de eso es fonético.

Una generación joven decide hablar distinto, no por necesidad comunicativa sino para marcar diferencia, y la diferencia es el punto. Un contacto trae tarjetas de otro escritorio. Un prestigio hace que una forma se abandone por vergüenza. Un tabú clausura un cajón y obliga a archivar en el de al lado. Una guerra, una migración, un desprecio, un anhelo. Una morfología se olvida y otra aparece donde no había nada.

Ninguna de esas causas es fonética, y todas hacen lo mismo: le dan trabajo al clerk. Y el clerk archiva con lo que tiene a mano, que casi siempre es lo que suena parecido.

Vista así, la lengua no cambia a pesar de sus accidentes: cambia por ellos. Y la mente humana —individual cuando lee, colectiva cuando repite— va reorganizando el archivo hasta que, al cabo de bastantes generaciones, casi ninguna tarjeta está donde empezó y el escritorio sigue en pie.

12. Lo que este ensayo no afirma

- No afirma que toda resonancia prenda. Al contrario: la mayoría se corrige, y esa asimetría es el fenómeno.
- No afirma que la apofenia no exista ni que las guardas sobren. Afirma que juzga el título, y que el título no decide la pertenencia.
- No afirma que el clerk archive sólo por sonido. El §5 sostiene lo contrario, y la doctrina del proyecto ya lo decía: la orientación es función del código, el contexto y el caso, no del código solo.
- No afirma que la puerta del umbral esté probada. Está propuesta, y su medición pendiente.
- No explica el código sobrevenido (*bellus*), que entra sin resonador.

13. Falsadores

F1 · El clerk. Si las palabras que entran a una lengua —préstamos, y las 1.788 que el corpus marca como desplazantes— no caen en cajones ya poblados más de lo que predice el azar, no hay clerk: hay fonotaxis. (*Y la fonotaxis hay que vencerla primero: la versión que discrimina es si, entre las adaptaciones posibles, se elige la que deja la tarjeta con vecinos de sentido.*)

F2 · La asimetría. Si las resonancias que prendieron y las que se corrigieron no se separan por ninguna variable observable, prender es estocástico. Sería un hallazgo, y sería el fin de este ensayo.

F3 · La puerta. Si los campos que perdieron material por lenición no muestran más entradas ajenas que los que conservan sus formas enteras, el §10 se cae.

F4 · El cajón. Si dos redes con el mismo código y contextos distintos —*hervir/brew* frente a *beer/Bier*, ambas B-R— se comportan como una sola población, el cajón es el código y ya. Si se comportan como dos, el escritorio tiene un índice que el clerk no ve, y averiguar cuál es la pregunta que sigue.

14. Lo que queda

La disciplina nació preguntando por el título y construyó un aparato notable para responderlo. Este ensayo propone que la pregunta siguiente es otra: no de dónde viene una palabra, sino quién la archivó ahí, y por qué se quedó.

Y una consecuencia que cambia el tono del programa entero: si esto va en la dirección correcta, entonces los errores de la lengua no son el ruido del proceso: son el proceso. La *s* de *island* no es una cicatriz sobre la historia del inglés. Es un ejemplar, conservado y fechado, de la operación que hace las lenguas — y es exactamente la misma operación por la que Θεόδωρος se dice Фёдор.